

Madrid Comico



COMPRE USTED

TODAS LAS SEMANAS

ARTE TAURINO

el semanario de toros de mayor circulación

Informaciones gráficas de todas las corridas de España. — Colaboración de los mejores escritores taurinos.

PRECIO: 20 CENTIMOS

EN TODA ESPAÑA

En breve aparecerá

EL CUENTO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL

Colaboración de los mejores escritores. — dición á todo lujo en papel couché.

❧ VEINTE CÉNTIMOS ❧



CHARLA SEMANAL



Los hombres un poco pusilánimes hállese aterrados con el bélico aparato de estos días. Hay señores que antes de acudir á la oficina sepultan en los amplios bolsillos de su americana cuantos documentos pueden servirles para la identificación de su cadáver, y se despiden, con lágrimas en los ojos, de la familia, diciendo: «Ay, amada mía, recibe este óbsculo que te estampo quizá al pie de la tumba».

Apenas llegan á la oficina, se dedican á comentar los terribles acontecimientos en voz muy baja y confidencial, como si estuvieran en posesión del secreto que guarda la censura.

Durante estos momentos, estamos que no nos llega la camisa al cuerpo. El cierre metálico de una tienda, el tintineo del timbre de un tranvía, nos sobresaltan hasta el extremo de hacernos huir á refugiarnos en los portales.

Algunos ciudadanos se atemorizan ante las imponentes tercerolas con que van armados los agentes de la autoridad. Las prácticas y costumbres modernas de represión van soliviantándonos. Nos habíamos acostumbrado á que los señores mantenedores del orden social se tocaran con la graciosa y frívola teresianá.

Aquel chapeo arrugado y poco consistente llevaba á nuestro ánimo cierta idea de tolerancia y de benevolencia. Luego, el uso del casco recio y sombrío, épico y epopéyico, recordándonos históricas legiones bélicas, nos comenzó á desconcertar y llenarnos de pánico.

Y por último, el actual armamento en previsión de la que se puede armar, nos aterroriza.

Con todas estas cosas, la vida colectiva está paralizada. De un momento á otro tememos que surja un conflicto, y esos seres estupendos y amargadores de nuestra existencia que se llaman patronas, camareros, sastres, etc., están exaltadísimos ante nuestro escéptico encogimiento de hombros y nuestra fatalista interrogación: ¿Quién sabe lo que pasará mañana?

—Y, naturalmente, ellos sí lo saben... saben que les va á costar mucho trabajo cobrar, si cobran algún día.

En definitiva, todos estamos conturbados, pero sobre todos, nosotros los periodistas. Apenas penetramos en una imprenta volvemos la cabeza temiendo que un activo agente haya seguido nuestros pasos creyendo que tratamos de paralizar la labor de los operarios ejerciendo alguna fuerza. Hoy mismo, mientras escribimos estas líneas, no sabemos si podremos publicar el periódico, á no ser que le imprimamos nosotros con la ayuda de nuestra familia.

También en estos días aciagos se descubren y dan á

conocer muchos oradores espontáneos, generalmente en el antro de los cafetines y tabernas, que peroran á voz en cuello sobre la cuestión social, pregonando la igualdad con todo el que tenga más.

Pero como no hay mal que por bien no venga, los que deben estar encantados son los caballos al haberse enterado de la medida adoptada por los cocheros de secundar el psro. Habrá que oír las jocundas y regocijadas pláticas de los animales, sus diálogos y reflexiones filosóficas.

—Amigo Lucero—conversarán—, estamos de enhorabuena.

—¡Ay, no sé qué decirte, querido Colín! ¡Yo todo me lo temo de estos hombres del día!

¡No rodar las *manuelas*! Créeme, que lo pintoresco ya sólo queda en nosotros. El automóvil ha venido á perturbar las cabezas; ya todo lo hacen con mucho gas.

A esto asiente, cabeceando, una vieja yegua que se sabe de memoria las piezas que tocan los organillos en la Bombilla, mientras un gran jaco altivo, algo aficionado á los estudios históricos, exclama con una gran solemnidad académica:

—¡Qué desprecio para los caballos! ¡Habiendo habido entre nosotros un Babiaca, un Rocinante, y ¡hasta un Pegaso!

Los más filósofos meditan prácticamente si ello vendrá á redundar en la disminución ó supresión del pienso.

Y todos están muy contentos, retozones y saltarines, asombrados de no sentir en los sufridos espinazos las efusiones cariñosas del látigo, instrumento de persuasión de que suelen valerse los aurigas. Sienten una sensación como la experimentada por una persona cuando se aligera de ropa.

En fin, lo mismo personas que animales, estamos estupefactos y descentrados de nuestras costumbres, y hacemos votos por que esta anómala situación termine en paz y podamos seguir plácidamente gozando de la vida.

Antonio Roldán.

CAZADOR CAZADO, por Méndez Álvarez.



n.—Adiós, y que caces mucho!

VIEJA PUDIBUNDA, por Folchi.



La vieja.—¿Huelguistas? ¡Vade retro! ¡Huyamos, huyamos, si no queremos perder

La voz de la calle.

Si uno de los primordiales deberes de la Prensa diaria es el de reflejar el estado de la opinión y hacerse eco de todo cuanto con ella se relaciona, no podrán vivir descontentos los lectores del *Heraldo*, ni podrán mojar al popular diario de la noche de incumplidor de sus deberes.

A más de los trascendentalísimos acontecimientos del día, y luego de publicar las crónicas ingeniosísimas de Bonafoux, las graciosas revistas de Zúñiga y los detalles del crimen diario, inserta como brillante epílogo de tan varia y complicada información una seccioncita, que titula: «La voz de la calle».

En esta sección encuentran eco todas las quejas, lamentaciones y súplicas que los descontentos, los pedigüeños y los atacados por la monomanía de la molestia tienen á bien remitir.

Hay quien desea vivamente que el vecino riegue los tiestos á media tarde, ó compre un loro joven, ó se detenga ante sus balcones el ciego de la ocarina, para inmediatamente escribir á Rocamora y de esta forma poder ver en letras de molde su nombre, para enseñarlo vanidosos á deudos, amigos y conocidos.

Los hay que remiten una queja diaria y se lamentan del ruido de los timbres del tranvía, de los cierres metálicos de los establecimientos, del casco de los bombero, según ellos demasiado obscuro, y hasta un señor se lamentaba amargamente la otra noche de que en el café Colonial un camarero, al servirle el helado, se permitió mirarle por encima del hombro.

El buen hombre terminaba rogando al Ayuntamiento estudiase esta cuestión, hasta conseguir que los mozos de café sean todos afables y sonrientes con el público.

Tendría que ver un artículo-la-

mentación intitulado: «La sonrisa del camarero». ¿No habría quien lo confundiría con un vals de salón, ó mejor aún, de comedor?

Pero, aparte digresiones, sigamos con «La voz de la calle».

A más de las dos clases de peticionarios ó pedigüeños y atacados de la monomanía de la molestia que hemos visto, los unos por el desmedido afán de exhibir su nombre impreso, los otros por el eterno prurito de pedir algo ó lamentarse de algo, existe otra clase de comunicantes, que son los encargados de poner el veto á las peticiones de los primeros, los que opinan siempre lo contrario de lo que creen los demás. ¡Donoso espíritu tan castizo de la contradicción y la polémica!

Así, por ejemplo: Se queja un individuo de un vecino músico que le obsequia todos los días con largas sesiones de saxofón sin dejarlo descansar, y á continuación el refutador contradictor viene diciendo sobre poco más ó menos: Sr. D. José Rocamora.—Muy señor mío.—En la sección de «La voz de la calle», de anoche, leo una carta firmada por un suscriptor, que se lamenta de las molestias que el ruido de un saxofón le ocasiona. ¡Parece mentira que tan menguado concepto tengamos en este país de la música! ¡Buena manera de proteger á los artistas, si para sus estudios ó ensayos hay necesidad de aislarlos, cual si de coléricos se tratara! Después de esto me explico la frase de Dumas: «El África empieza en los Pirineos».—*Un dilettanti*.

Y el buen señor se queda tan tranquilo.

Pide un vecino del paseo del Cisne una boca de riego para evitar el polvo, germen de un sinnúmero de microbios, y al día siguiente otro vecino del mismo paseo aboga por que se suspenda el riego, pues como el paseo es plano por muchos sitios y no tiene vertiente, el agua se estan-

ca, descomponiéndose en materias fecales, que pudieran ser el prólogo de una epidemia.

Un amigo mío tuvo la debilidad de quejarse, como lo ha hecho Mariano de Cavia, de la *lata* con que le obsequian delante de su domicilio todas las noches vísperas de sorteo los vendedores de décimos, con el típico pregón de: «¡Hoy sale; hoy!» Y en la víspera del sorteo siguiente se duplicaron los voceadores y las voces. Ganas le dieron á mi amigo de escribir otra carta por conducto del *Heraldo* á los aludidos, pidiéndoles le perdonaran si en algo les pudo ofender, antes de que llegara el sorteo siguiente y el jollín adquiriera proporciones gigantescas.

Reíos de la eficacia de «La voz de la calle».

Pero el chasco máximo le ocurrió á un señor comunicante que habitaba en una casa, de cuyo piso superior salían todos los días gritos entrecortados y voces ahogadas por un ¡ay! más ó menos prolongado. El buen hombre, creyendo que se trataba de una academia de cante «jondo», acudió á «La voz de la calle» en súplica á las autoridades de que pusieran coto á tal desmán. Pero cuál no sería su desencanto cuando á los dos días se pudo averiguar que el ¡ay! ó ¡ayes!, más ó menos prolongados, que todos los días se escuchaban se debían á una clínica dental, recién instalada y que trabajaba por la noche clandestinamente para burlar á la Hacienda.

En fin, por mucho que moleste el timbre de un tranvía, el cierre metálico de un establecimiento y el color del casco de un bombero, molesta mucho más la lectura de esas quejas, la mayoría tan faltas de fundamento. ¿Qué sería de Madrid si fuéramos lentamente privándole de lo castizo y lo pintoresco?

José Gómez Rochera.

FILOSOFÍAS FILOSÓFICAS DE UN FILÓSOFO

En la terráquea esfera de la Tierra ocurren, en verdad, rarezas raras, que en estos versos mal versificados quisiera en un relato relatarlas.

Les gusta á unos la dulzura dulce, les place á otros la amargura amarga y padecen los más padecimientos de horrorosa manía, harto maniática.

Nos molestan del Sol las *soledades* y los *lunares* de la luna cansan; cansan las tempestuosas tempestades igual que el temporal por temporadas.

Se quejan todos del calor caliente y toman en botijo el agua aguada, echando al enfriarla hielo frío procedente de nieves de nevadas.

Escriben poesías muy poéticas por lograr nombre de famosa fama,

que pase á las históricas historias del historial histórico y sus ramas.

El Sol con luz lumínica ilumina la más oscura sombra sombreada por corpóreos cuerpos corporales, en negras proyecciones proyectadas.

Andan unos con calma muy calmosa y otros con rapidez rápida marchan; unos ven negra la negra negrura y otros ven blanca la blancura blanca.

Si ponderan el óptimo optimismo, el pesimismo pésimo rechazan.

La chula chulería á todos gusta, las *chispas* de chispero y las *majadas* majas vívidos viven en el ánimo animoso del ánimo del alma.

.....

Lector leyente, que leyendo lees, perdona el buen humor de la humorada.

Gabriel Roda.



RETA BILLO LITERARIO



He tenido el gusto de oír *Marina*, «opera española», en el Circo de Price.

Marina es la más caracterizada representación de la cursilería lírica. Por eso no me sorprende el continuado éxito que obtiene; ha conmovido delicadamente á varias generaciones de garzones románticos y de costureritas sentimentales. ¿Quién es el muchacho ó la damisela en cuyos pechos se oculta algún amor desgraciado que no vierta lágrimas de un dulce romanticismo cuando Jorge canta aquella delicada y melancólica frase?:

En las alas del deseo
mi ilusión la ve flotar:
la dibuja el cabrilleo
de la luna sobre el mar.

¡Sería necesario un corazón de cemento armado para no plañir como una Magdalena ante tan delicada insinuación amorosa!

Marina carece de emoción, de realidad; es de los libretos de ópera más triviales, más aburridores. ¡Aquel don Francisco Camprodón, que ganó pingües sumas con sus monstruos escénicos, era digno cofrade de Pichote y hubiera debido de escribir una pieza con Gedeón.

Mi madre, aunque está impedida,
la pobre te quiere tanto...

El Jorge de *Marina* y el Leonardo de *La Bruja* son de una tontería gemela. Entre todas las zarzuelas grandes españolas hay una lamentable semejanza. Sin embargo, ellas han conmovido mucho á nuestros abuelos, que debían ser gentes de una simplicidad paradisíaca: aun ahora nunca falta un hortera que siente llenos de lágrimas los ojos cuando canta el grandísimo mentecato de Jorge *aquello de*

¿conoces tú á la ingrata
que el alma me robó?

Pero ¿qué más da? Tal vez la emoción artística no esté realmente en la obra de arte, sino en el corazón que sepa sentirla y comprenderla.

El éxito ha sido para los artistas de Price. La Srta. Lopetegui canta muy bien, y también el Sr. Nadal, que fueron justamente ovacionados, así como el maestro Enrique Mayol, que tuvo que salir á escena á recibir la aclamación del respetable senado. Les auguro á todos grandes triunfos cuando hagan cosas de mayor modernidad y de más valor artístico. ¿Para cuándo *Cavalleria rusticana*?

**

Ciertamente esta fresca renovación de la poesía castellana tiene mucho que agradecer á los poetas modernísimos de América Latina: Rubén Darío, Chocano, Nervo. Ellos han traído auras juveniles y pomposos y sazonados frutos á este viejo solar español, tan pródigo y generoso antaño como cristalizado hogaño en una laguna de ramplonería y de vulgaridad, gracias á la labor de galápago de las generaciones literarias de los últimos veinte años del pasado siglo.

Había á la sazón fronteras para la vida intelectual; los escritores tenían un sentimiento de españolismo que consistía en copiar la vana retórica de los pseudo-clásicos y el amaneramiento ideológico y sentimental de la ya entonces en decadencia escuela romántica; dando esto por resultado la completa anulación mental, la preponderancia de la mediocridad asfixiante y el retraso de treinta ó cuarenta años en relación con la vida espiritual europea. De este modo, algunos artistas que han muerto hace un cuarto de siglo, y que ya en su patria eran célebres desde hacía mucho tiempo, pasan entre nosotros como la última novedad, como el último grito del modernismo.

Constantemente llegan á Madrid escritores americanos, y esto, además de tener un alto sentido político, es muy halagüeño para nosotros, pues patentiza que la constante labor no cae en el vacío, y es tenido en cuenta nuestro esfuerzo en pro del renacimiento artístico nacional. Y ya llevamos mucho conseguido en la campaña contra el mal gusto.

He recibido la segunda edición de *Ruinas del trópico*, de Alfredo Gómez Jaime. Este poeta, como Darío y como Nervo, no es propiamente un poeta americano. Ciertamente nos da la brava, la exuberante visión de la pampa americana, á la manera pomposa y encendida de Chocano; pero juntamente con un *bouquet* de rimas delicadas, galantes y neuróticas, con perfume de frivolidad parisiana. Y además de ser un fastuoso descriptor y un exquisito liróforo, es un pensador que lleva á sus versos todas las preocupaciones y angustias del alma de estos tiempos. Así el poema titulado «Viajeros», cuyo motivo no hubiera desdeñado firmar aquel mendigo aureolado que se llamó Paul Verlaine.

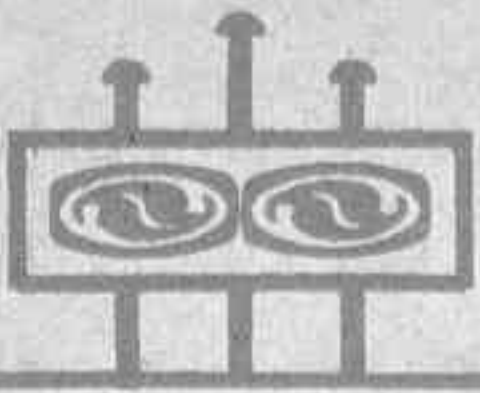
Este vasto y absurdo navío del mundo, lleno de grotescos Arlequines y Leandros estultos, donde van también unos pálidos y locos cantores y triunfa la risa maligna y banal de Colombina, ha inspirado á López Jaime una de las más hondas, más modernas y bellas poesías de toda la última literatura.

Y la delirante, triste y sensual tripulación, que no sabe de dónde viene el barco ni hacia dónde va, arranca al poeta una tremenda interrogación, gemela á la del cantor de *Fêtes Galantes* en «Colombine».

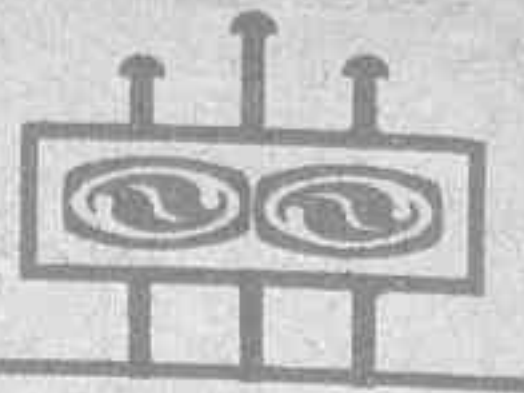
Eux ils vont toujours,
Fatidique cour
des astres.
¡Oh, dit moi vers quels
mornes et cruels
desastres!

Todas las composiciones de *Rimas del trópico* son selectas, y para dar una noticia detallada de este libro es muy escasa la extensión de esta nota. Sólo recomendaré al lector las tituladas «El último combate», «Las mujeres», «Sueños», «La ciudad blanca» y «Esos dientes».

Emilio Carrere



"LAS MARAVILLAS DEL PROGRESO,"
 Revista cómica lírica, letra de Pedro Baños y Fernández, música de
 los maestros San Felipe y Vela.
 Terceto de El Demonio, la Carne y el Siglo XXI.



Canto
 y
 Piano

Maravilla *Siglo*

Y voya una vez

mel... lompia... Ibi un hueso... todo magra

Demonio

Ibi na seduc-to ra oi-ga meunno merito oi-ga meunno

merito conquistar su alma tan so-lo pre- ton do tan so-lo pre-

Carne *Demonio* *(la toca)*

ten do us tees el De-monio pues el aro que si pues el aro que.

Carne

si E. a no me tiene marchese de a qui marchese de a

Demonio

qui no te-manste na da be-lla se no ri-to so lo de-cla rar lo

Carne

quiero mi pa sion ha bla manto quiera pe-ro no se a cer que que a tenta lees cucho

Demonio

on de claracion so soy impo-lli-to de sa-ro lladi-to de lo mas selecto

de la so-cie dad mal ver sus en cantos y ver que son tantos he visto en efec-to

(Terminará en el número próximo)

IMPRESIONES OTOÑALES

Se acerca Octubre.

Ya han caído las primeras aguas otoñales y, de un momento á otro, los árboles quedarán en paños menores...

El otoño es trágico.

En otoño, las frondas retiran su protección á los enamorados; nuestros pantalones se enfangan miserablemente por esas calles de Dios y de Don Pepe; nuestro presupuesto se agrava en favor del limpiabotas, ese monstruo indecente de la decencia; hay que desempeñar el impermeable, ó que llevarse distraídamente un paraguas del Casino; nos vemos precisados á alabar la benignidad de la temperatura, aunque se nos caiga el moco, si carecemos de un gabán presentable... Y así por este estilo, todo se nos vuelve calamidades y molestias.

Alguien me argüirá que en otoño se tritura la aceituna para los buñuelos de Noviembre y se exprime la uva para la borrachera de todos los días.

Añadirá *Garibaldi* que en un otoño remoto, á raíz del chaparrón universal, su concurdáneo Noé colocó la primera piedra para el monumento al alegre Baco.

Yo reconozco la fuerza de estos argumentos en pro de la aguanosa estación, pero los esgrimo como una ironía. Es triste que un hombre—en cuyo caso hállanse muchos—no pueda comer buñuelos de viento; y es triste, además, que una patrona, dándonos anilina á título de alcohol, nos obligue á dejárselo á beber...

El otoño es trágico, lo repito.

En otoño, los veraneantes se restituyen á sus casas, tal vez ocupadas judicialmente por los acreedores, ó desocupadas extrajudicialmente por los rateros; las catástrofes sensacionales se reservan para otoño; siempre sucede en otoño algo terrible, á no ser que lo haya anunciado el Calendario Zaragozano.

Verificanse los temporales y las inundaciones de costumbre, en las que se hace intervenir al Cuerpo de Bomberos, pues está demostrado que los bomberos sirven para todo, al menos en nuestro país.

Las nubes nos meten por la tarde en el café, donde un amigo del alma tiene la amabilidad de ganarnos hasta la perra destinada al sereno.

Los labradores aprovechan la «crecida» del regato más insignificante para considerarse damnificados, y forman reunidos una algarabía de dos mil demonios.

Nunca falta por esos mares un barco míope ó desaprensivo, dis-

puesto á pegarse un coscorrón con cualquier otro.

Los ríos acrecientan su caudal bárbaramente, ni más ni menos que si lo hubieran puesto á la Tabacalera ó á los Trasatlánticos.

Todos y cada uno de nosotros, de regreso de nuestro veraneo largo ó corto, conservamos en el corazón escrito un nombre, el nombre de la mujer que complicó nuestros gastos, y á la que dedicábamos nuestros pensamientos ó nuestra asimilación. Su recuerdo nos distrae; abrimos el libro de estudio sobre la mesa con la cabecera hacia nosotros, ó equivocamos la copia que se nos confía, ó monologamos alto... y no hacemos cosa á derechas.

El azul de una humilde cacerola ó del uniforme de un lancero nos trae la nostalgia del mar, del idilio costero... Nos *ponemos* sentimentales, es decir, tontos.

Juzguen los lectores por lo expuesto si me sobra razón al renegar del otoño.

Yo bien entiendo que el otoño es una transición necesaria á nuestra fisiología; que si el otoño no desnudase los árboles, la primavera no podría vestirlos, y perdería su prestigio. El otoño prepara el invierno, el invierno prepara la primavera, y la primavera... prepara el aumento de la estadística infantil.

Me resigno, pues, con el otoño.

Pero el otoño entraña una incomodidad tradicional: los poetas dolientes.

Con éstos no transijo, ¡vive Dios! Santo y bueno que uno se muestre serio en ocasiones; v, g.: cuando le piden dinero. Pero constituirse en Jeremías inconsolable á propósito de que el Sol entra en Libra y amargarle á uno la existencia desde las columnas de un periódico ó desde los pliegos de sus 400 páginas... eso no.

Hay que proveerse de un poquito de humorismo. Si llueve, utilicemos la lluvia en ver piernas bonitas; si hace viento, contemplemos lo que el viento contornea; si cae la hoja, pensemos en Abril.

Y siempre, principalmente en nuestras pesadumbres, recordemos que la noche implica el día, que nuestra vida es una oscilación en la que se retorna á la dicha alejándose de ella...

Manolo Galán.

CUENTO VIEJO

Después de ultimar sus *changas* cierto día de mercado, en la Puerta de Toledo reuniéronse dos gitanos, Manuel Pérez *El Patillas*, y Roque Díez *El Largo*.

Los dos iban muy contentos, que el negocio no fué malo, y Roque y Manuel bullían en ganas de remojarlo.

—Compadre—dijo Manuel— hoy me toca hacer el gasto, y *ná* de tomar dos copas, que es un convite ordinario. ¡Hoy le llevo á *usté ar Café*!

—¿Ar Café?

—¡Por *tó* lo *arto*!

—Pues vamos allá, compadre.—

Y ambos cogidos del brazo, y al son de una seguidilla entonada por lo bajo, satisfechos se dirigen hacia el Café más cercano. Llegan, entran y, confusos porque nunca han frecuentado lugar de tanto *postín* (para ellos rico palacio), se sientan en un rincón y llaman; llega en el acto el camarero... ¡y allí viene lo gordo del caso! Ninguno de los dos sabe qué pedir... De pronto *El Largo* se fija en un caballero que en el velador de al lado toma chocolate y bollo, y, para salir del paso, dice:—Tráigame *usté* de eso y lo mismo aquí *ar paisano*. Vase el camarero y ya más tranquilos los gitanos hablan sobre sus negocios, de sus mulas, sus caballos, y al llegar el chocolate se disponen á tomarlo. Toma Manuel una sopa; mas, como ésta está abrasando, el pobre ve las estrellas y hace unos gestos muy raros. —¡Contra! ¿qué le pasa á *usté*, compadre?—pregunta *El Largo*. Pero Manuel, que no quiere que sepa que se ha quemado, dice:—No me pasa *ná*; ¡es que me estoy acordando de mi *probesiyo* pare que murió el año *pasao*, *tar* día como hoy!

—¡Demonio!

deje *usté* ahora *er* campo santo y en *compaña* de los vivos siga *usté* alegre y ufano.

Esto dice Roque Díez mientras á su vez, incauto, engulle una enorme sopa que también está abrasando.

—¡Re... jollín!

—¿Qué hay, comparito?

¿Es que le pasa á *usté argo*?—pregunta Manuel con sorna— y Roque, que se ha hecho cargo de que el recuerdo anterior del padre fué todo engaño, y no quiere confesar tampoco que se ha quemado, exclama:—No, Manolito: es que me estoy acordando de... ¡su pajolera mare de *usté*, quería paisano!

Enrique Povzdano.

“SAN PAN,, LLOVIDO Y BENDITO

CUENTO EN DÉCIMAS

Unos pobres pescadores
de su suerte renegaban,
pues en vano trabajaban,
de la luna á los fulgores,
con fatigas y sudores,
por coger algún pescado;
¡y es sabido, aunque callado,
que siempre á algún mal menor
le sigue ó no un bien mayor,
si es que así lo exige el Hado!

Cuando las redes calaban,
«¡que traigan algo!», decían;
más siempre aquéllas salían
igual que ellos las echaban;
¡y ya se desesperaban
y maldecían su suerte,
cuando, al dar un golpe fuerte,
un objeto que cayó
del espacio, conmovió
la barquilla y quedó inerte.

Los marinos, asombrados,
cogieron la extraña presa,
y al palparla..., ¡qué sorpresa!
era un pan de los llamados
de cuatro libras, sobados;
lo examinaron atentos,
y todos, ya algo contentos,
dijeron: «¡Oh, pasan cosas

en la vida, milagrosas,
que parecen más bien cuentos!»

Cuando á la playa volvieron,
en la iglesia de la aldea
dejaron la tal presea
y el milagro refirieron.
Los aldeanos oyeron
la estupenda relación,
y de todo corazón
la creyeron, pues oraron
ante el pan, y propagaron
el celeste milagrón.

Y los fieles fueron tantos
que, como cosa divina,
se puso en una hornacina,
como se pone á los santos;
se le oró, y entre unos cuantos,
con muy religioso afán,
se puso un cepillo al pan
y en él el cura escribió:
«Este pan, Dios lo envió
desde el cielo.»

El Capellán.

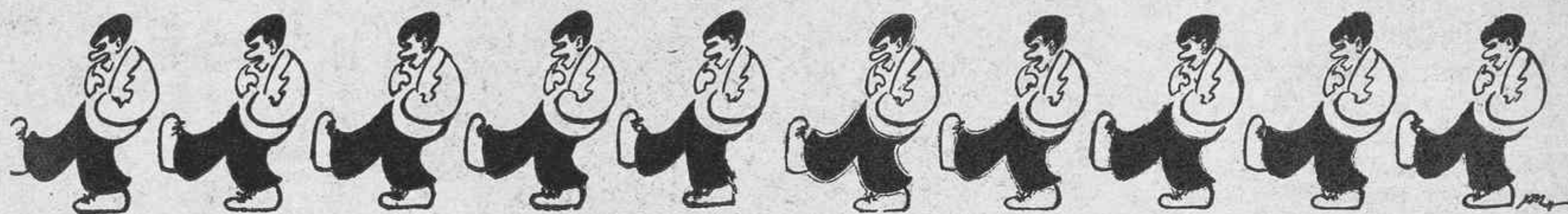
Mas éste, hojeando un día
un periódico atrasado,
como es lógico, extrañado,
leyó esta noticia impía:

«¡Nos invade la alegría!...
El globo perdido ayer,
por fortuna fué á caer
en las islas Baleares.
El aeronauta, en los mares
creyó que iba á perecer,
pues el globo descendía,
y aunque lastre él arrojaba,
ni por esas se elevaba...
¡y el mar á sus pies rugía!
y viendo que allí moría
ó se daba un remojón,
adoptó la solución
de arrojar los alimentos,
y á los muy pocos momentos
consiguió la elevación.»

Cuando el viejo capellán
leyó el detalle postrero,
fué, solícito y ligero,
al altarcito del pan.
¿Los lectores creerán
que el pan de allí quitarían!...
¡No hizo tall., ¡Con alegría,
el nuevo cepillo abrió
y las perras recogió
que cayeron aquel día!

Esteban Satorres.

Cartagena.



FIGULINAS

¡Qué bonita es la princesa,
qué traviesa,
qué bonita,
la princesa pequeñita
de los cuadros de Watteau!
Yo la miro, yo la admiro,
¡Yo la adoro!
Si suspira, yo suspiro;

si ella llora, también lloro;
si ella ríe, río yo.
Cuando alegre la contemplo
como ahora... me sonrío,
Y otras veces su mirada
en los aires se deslie
pensativa.
¡Si parece que está viva

la princesa de Watteau!
Al pasar, la vista hiere,
elegante,
y ha de amarla quien la viere...
Yo advino en su semblante
que ella goza, goza y quiere,
vive y ama, sufre y muere...
como yo.

Manuel Machado.

DESDE LA ESQUINA

Dulce imán de mi ilusión,
siempre detrás del cristal
la veo, de su balcón,
como una rosa invernial.

Frente á ella paso las horas
muertas, clavado en la esquina,
sintiendo dudas traidoras.

La ansiedad que me domina
cesa un punto al advertir
que ella se levanta. Creo
que se dispone á salir,
y es ficción de mi deseo.

Sonriendo cual la inocencia,
el balcón entreabre ufana,

y me dice: «Ten paciencia.
No es posible hasta mañana.»

La ira enrojece mi tez:
maldigo mi estupidez;
para marcharme adelanto...
mas, como la quiero tanto,
vuelvo á la esquina otra vez.
Pedro Barrantes.

MELONES Y CALABAZAS, por Anca.



Anca

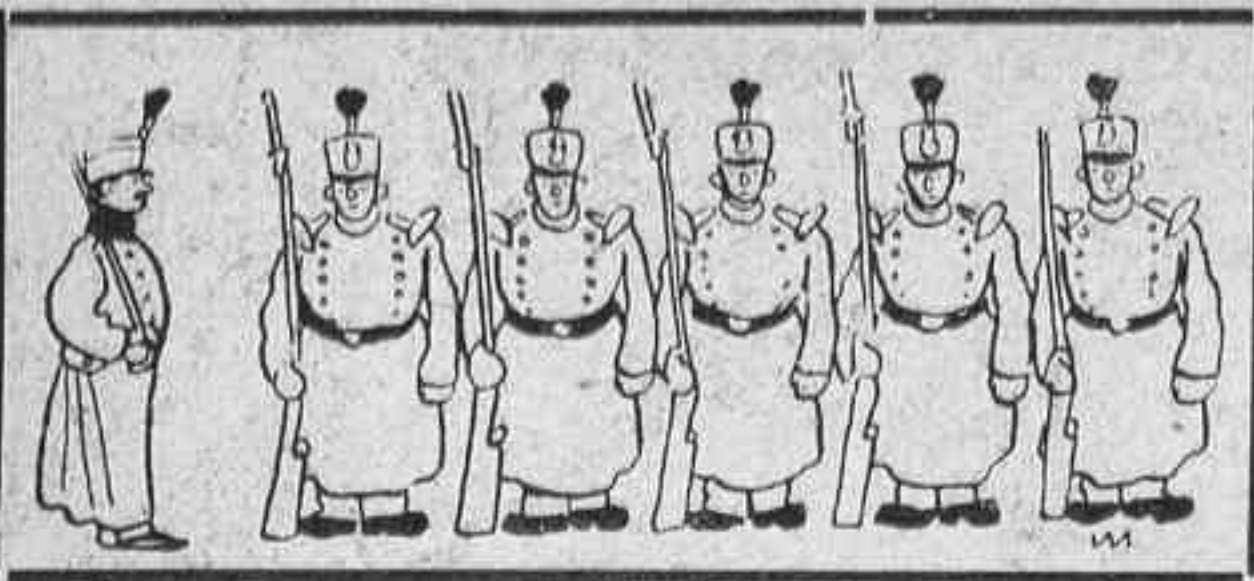
—Parece que nos alude.



MÉNDENZ
ÁLVAREZ

—¡Pedigüeños en montón!
—Adiós, señores, feliz viaje!

—Ya no me queda un botón:
—¡Adiós, señores, feliz viaje!



DE CAZA



Salieron de caza dos buenos señores,
Joaquín Miraflores
y Pepe Chacón,
y armando sus perros alegre alboroto,
llegaron al soto
de Valdepichón.
En choza de cañas habita Teresa,
que es una guardesa
que vale un Perú.
¡Es de ésas que cobran la sal que derraman!
¡Es de ésas que llaman
al Verbo de tú!
Su ser ha dos años está sometido
al zafio marido
que el cielo la dió.
Celoso la increpa, si á mano le viene,
y allí la retiene,
que quiera que no.
Joaquín, que en la caza su goce tenía,
fué al monte aquel día
con torpe intención,
porque él no ignoraba que aquella real moza
juzgaba su choza
como una prisión.
La caza era mucha, y apenas llegaron
los perros, cobraron
dos piezas ó tres;
mas luego, pensando Joaquín en su presa,
se dijo: «Teresa

me inspira interés.
Al pobre Pepito cazando le dejo,
le engaño y me alejo,
con ella me voy.
¿Que el guarda está ausente? Negocio arreglado...
¡Ya es mía! ¡Cuidado
lo pillo que soy!»
Se va hacia la choza; se encuentra al marido;
le aleja del nido
tras largo charlar,
y dando rodeos y siempre escamado,
al sitio vedado
consigue llegar.
Con mucha cautela realiza la entrada.
¡Allí está la amada
de su corazón!
Mas se halla con otro galán la guardesa.
¿Con quién? ¡Oh sorpresa!
¡Con Pepe Chacón!

.....
Joaquín queda absorto, y exclama Pepito:
—Lo siento infinito,
pero antes llegué.
Por rústico atajo mi amor me guiaba.
—¡Pues yo lo ignoraba!
—¡Pues chínchese usted!

Juan Pérez Zúñiga.

JUGAR CON FUEGO

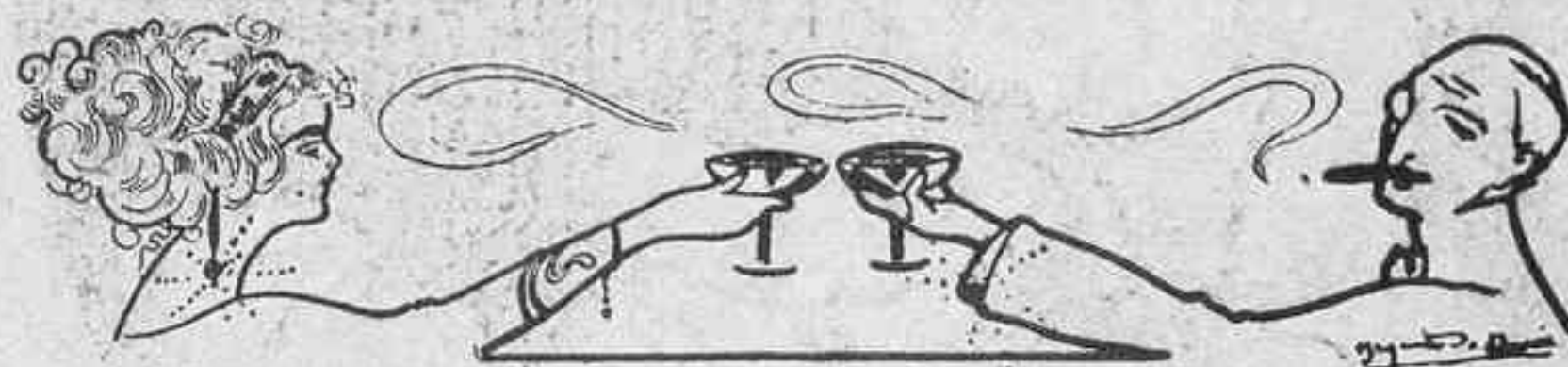
Se amaban con tal furia y tal exceso
Inés y Nicanor,
que acordaron sus bocas darse un beso
para calmar su amor.

—
Y, por no echarse en cara acciones locas,
pensó el rubor de Inés
colocar un cristal entre sus bocas
y besarse á través.

—
Su boca al vidrio, en amoroso encanto,
aplicó cada cuál;
pero apretaron tanto... tanto... tanto...
que se rompió el cristal.

—
Y hoy saben, sin que nadie se lo diga,
Inés y Nicanor
que no hay trampa en el mundo que consiga
burlar los arrebatos del amor.

Ramón L. Montenegro.



PAGANA

El cisne se acercó. Trémula Leda
la mano hunde en la nieve del plumaje,
y se adormece el alma del paisaje
en un rojo crepúsculo de seda,
La onda azul al morir suspira queda,
gorjea el ruiseñor entre el ramaje,
y un toro, ebrio de amor, muge salvaje
en la sombra nupcial de la arboleda.
Tendió el cisne la curva de su cuello,
y con el ala, cándido abanico,
acarició los senos y el cabello.
Leda dió un grito y... se quedó extasiada...
y el cisne levantó rojo su pico,
como triunfal insignia ensangrentada.

Francisco Villaespesa.

TIPOS CLÁSICOS

LOS HOMBRES DE LA PUERTA DEL SOL

Nuestro amado poeta Víctor Hugo, quizá hubiera compuesto una bella página llena de reminiscencias históricas acerca de estos hombres que vemos asiduamente á lo largo de las aceras de la Puerta del Sol. Son unos hombres misteriosos, huraños, graves, reconcentrados, herméticos. Todos parecen hallarse vinculados para unos altos fines; sus frentes diríase que se abaten al peso de una de esas grandes tragedias de los pueblos.

El hombre clásico de la Puerta del Sol llega á esta amplia plaza, observa el reloj colocado en el Ministerio de la Gobernación con gesto desdeñoso — no sabemos si desdeñando la idea de tiempo ó la idea de gobierno —, enciende su cigarro — todos los *hombres de la Puerta del Sol* son fumadores impenitentes — y espera.

Paulatinamente van llegando otros hombres pavorosos y apropiándose al primero. Salúdanse con una seña de inteligencia, como un signo masónico, que parece obedecer á una consigna, y comienzan á departir en voz queda.

¿Qué complot tramarán estos hombres á la luz del día? ¿Qué intrigas, maquinaciones, conspiraciones y confabulaciones harán despertar su conturbado espíritu? ¿Qué obra han de llevar á cabo ante la que los siglos se admiren, la Historia abra en su libro un paréntesis de luz y los mármoles canten en letras de oro?

Transcurre una hora, dos, tres, diez horas. Los hombres siniestros permanecen imperturbables. Y cuando ha sonado una hora deseada, una hora esperada, una hora trascendental, estos hombres enigmáticos desaparecen todos á una, como por encanto, de la Puerta del Sol.

Durante los días de motín, cuando la plaza se halla enarenada y los guardias civiles asoman sus tricorrios imponentes por encima de las masas, los grupos de estos hombres fatídicos se engrosan. Y es de admirar su abnegación tratando de salvar las preciosas vidas que han de gastar entusiastas en la grande obra.

Los buenos y medrosos ciudadanos sienten un inusitado terror cuan-

do pasan aledaños á estos hombres, y bajando la vista, huyen de ellos. A esto y á otras circunstancias de inmovilidad se debe el que la Puerta del Sol sea intransitable para cualquier viandante. Los gruesos bastones, los vetustos chaquets que se conservan por un verdadero milagro de cohesión, los sombreros que unas manos febriles de entusiasmo han agitado el año sesenta y ocho, los bigotes grises y los ojos opacos constituyen una barrera infranqueable.

Un humorista quizá descubriría en *los hombres de la Puerta del Sol* á unos sencillos, modestos y buenos señores, algo infantiles, que dejan transcurrir su vida mansamente rumiando soñadas grandezas.

Nosotros, menos piadosos, hemos de recordar esa *acidia* de que nos habla el Padre Granada, *esa flojedad y caimiento del espíritu, ese derramamiento del corazón en las cosas vanas*.

Y hemos de decir que estos hombres simbolizan un triste mal colectivo: el mal castizamente español de la pereza.

Constantino Amador.

PARODIAS

Coplas.

Por más que quise buscar
el sendero de la dicha,
no lo he podido encontrar.

Hojitas que arrastra el viento
igual que mi morenita
arrastró mis pensamientos.

Soy morenita y de Triana,
y es el Sol de Andalucía
el que ha quemado mi cara.

Te quise con tal locura,
que la herida que me hiciste
no se me cerrará nunca.

Por el mundo voy solo,
solo y errante,
desde que tú, chiquilla,
me despreciaste.
Tan solo llevo
la vihuela que alivia
mis sufrimientos.

Gloria de la Prada.



A. H. — Nos dice usted casi confidencialmente que podemos publicar su «Carta Abierta» ¡Ay, no señor, no podemos! Y no es por lo que tiene de agresiva; las agresiones á verso limpio rodean de una aureola de martirio á la víctima. No obstante, si usted nos autoriza, conservaremos sus cuartillas como prueba de irresponsabilidad, por si algún día cometemos un homicidio.

E. S. — Cartagena. — Van las décimas. Verifica usted con soltura y es lástima la inocencia de los asuntos.

S. C. Hijo. — Toledo. — Lo sentimos. El chiste es un arma de dos filos. ¡Es tan triste querer hacer reír y causar tedio! Y perdone que no se le conteste en la forma que indica. Así no podríamos atender á esta sección.

I. T. — Escribe usted con una pasmosa naturalidad. La narración de su aventura es simplicísima. Escriba, pues, otra vez con más pompa y artificio, para honor de nuestra gran tirana la literatura.

A. R. de T. — Madrid. — Dispense usted, es demasiado largo y, no obstante nuestra buena voluntad, no podemos ampliar el periódico. Mande algo más corto, y conste que lo sentimos.

E. P. — Madrid. — Como verá, va. Verifica usted bien y veríamos con gusto que explotara su propio ingenio.

H. J. — Lo publicamos para mayor escaño.

Cualquiera se casaría
como se casó Zavalza,
pues á la mujer que tiene
un tío se la mantiene,
se la viste y se la calza.

Eso nos parece que lo publicó el señor Pérez Zúñiga hace algún tiempo. ¡A la cárcel, Sr. H. J., á la cárcel!

Un renegado. — Nosotros somos los que vamos á renegar de este oficio que nos obliga á soportar un chaparrón de tonterías como el que usted nos remite. ¡Amigo, tenga piedad!

Nemo. — Respetable público: este señor nos propone en una carta publicar en forma de folletín una parodia del Tenorio, en la que los personajes estén representados por animales. ¿No estamos conformes en que él podría muy bien desempeñar el papel de ganso?

J. G. R. — Como verá, va un poco extractado por las exigencias del ajuste.





— ¡Qué corbata más hermosa!
— Otra igual he de comprar.
— ¡Por eso precisamente
me he querido retratar!
Mariana Pineda, 12.

4.



UNION ALCOHOLERA ESPAÑOLA

4.



LA BUENA
SOCIEDAD

TOMA EL CAFE DE

EL CAFETO.



4.